

# el escritor comido

---

Sergio Bizzio



*ciatura* EDITORA

## Capítulo 1

Mauro Saupol (Rio de Janeiro, 1956) había nacido y crecido en la pobreza y era un escritor inmensamente rico y famoso cuando decidió hacerse pasar por muerto. ¿Para qué? Para ver qué se decía de él. Todo lo demás ya lo tenía.

La idea, que a primera vista puede parecer estúpida (ya se verá que no, o que sí, y también por qué, en cualquiera de los dos casos), es un cóctel que se prepara en silencio con una parte de broma, dos partes de publicidad y tres de vanidad: nada del otro mundo; pero hay que tener mucho valor para llevarse una copa como esa a los labios. Saupol lo tuvo.

La noche anterior (anterior a la mañana en que se le ocurrió hacerse pasar por muerto) asistió al lanzamiento de su biografía en la ciudad del editor de su primera novela, como un gesto de fidelidad hacia él, un gesto calculado: no necesitaba ir, podía haber lanzado la biografía en cien ciudades más importantes que esa; ni siquiera se acordaba bien de la cara de su editor. Pero sabía que la prensa valoraría el gesto, y fue. Habló del libro, habló de sí mismo, habló del periodista que la había escrito, hizo chistes, firmó ejemplares y cenó con las autoridades culturales de la ciudad en un lugar horrible, rodeado de mujeres horribles; unas horas después, ya en el hotel, se masturbó y se durmió. Al día siguiente, durante el vuelo de regreso, en una avioneta recién comprada, según dijo el piloto, hojeaba el último número de una revista de chismes cuando de pronto los motores se apagaron.

“¿Qué pasa?”, preguntó. “Nada, nada”, dijo el piloto. Y la avioneta se precipitó a tierra con un ala en llamas.

El piloto era un hombre todavía joven, pero ya se había tatuado el nombre de una mujer en el dorso de una mano. Ahora, mientras el Amazonas se les venía encima, el tatuaje (*Stella*) saltaba desesperadamente de un botón a otro por el tablero de comandos. Rasuraron la copa de un árbol y se incrustaron entre las ramas de otro. En la selva se callaron millones de seres vivos de todos los tamaños. Saupol no tenía ni un rasguño. El piloto tampoco, pero su cabeza ya no estaba sobre sus hombros. Lo único que se oía era el zumbido de algo metálico que giraba entre las hojas... Saupol abrió la puerta a patadas, se deslizó por el tronco, apoyó un pie en tierra y, un segundo antes de que la avioneta estallara, se arrojó de cabeza lo más lejos que pudo. Fue entonces cuando, bañado en chispas y todavía en el aire (ese fue el momento exacto), se le ocurrió hacerse pasar por muerto. Después cayó. ¿Por qué no? La oportunidad era inmejorable.

Se sintió feliz, se había salvado. Lo único que tenía que hacer era ponerse en movimiento: no estaba lejos de la ciudad. Caminó tres días y tres noches. Tuvo miedo, y lloró cada vez que un ruido lo inmovilizaba, a veces durante horas, sin que al final pasara nada: creyó que nunca lo conseguiría. Su tensión era tan grande que las ramas que apartaba con una mano al pasar lo golpeaban en la nuca y también al revés, las que dejaba atrás le azotaban la cara. Pero la panzada de narcisismo post mórtem que iba a darse cuando llegara, leyendo lo que se había dicho de él, le imprimía una fuerza descomunal. “Vamos, vamos”, se decía, abriéndose paso por la selva en dirección a la ciudad, con manotazos de fanático.

Ignoraba que en apenas veinticuatro horas la noticia de su muerte había hecho dos cosas extraordinarias: dar la vuelta al mundo y evaporarse.

Llegó a la ciudad de X a medianoche. Estaba sucio, arañado y hambriento. Sacó un poco de dinero de un cajero automático y entró a un hotel de dos estrellas; en un hotel de tres, cuatro o cinco estrellas había más posibilidades de que alguien lo reconociera: su prosa era pobre, pero sus lectores no. Un hombre obeso, con una remera de Whitesnake, sentado detrás del mostrador de conserjería, le tomó los datos. Saupol le pidió el diario. El hombre le alcanzó un ejemplar de *Folha de São Paulo* con un gesto de fastidio: anotar y a la vez ser amable era una combinación para la que no había nacido. Saupol le preguntó si (por casualidad) no tenía también el diario de ayer e incluso los de los días anteriores. Se lo preguntó sonriendo, consciente de su ansiedad, pero el hombre siguió callado; anotó un siete, un nueve, un seis, empujó el documento de identidad hacia adelante con un dedo y le dijo que no.

Con el mismo dedo le señaló el ascensor. Saupol era el autor más vendido de Sudamérica, y también el que más vendía; algo de eso, sin llegar a saber qué, percibió el hombre con la remera de Whitesnake en su aura cuando la puerta del ascensor se cerró tras él: un aplomo, un cierto orgullo que atribuyó, leyendo rápidamente, siempre en la debilidad de su aura, a la típica prestancia del reventado. Se equivocaba, por supuesto. Saupol era una máquina; sus libros, una serie de cinco ficciones de corte espiritual (cuyo número de páginas aumentaba de uno en otro, como si su sabiduría creciera con las ventas), eran los más exitosos de la indus-

tria editorial de la última década: un hit viviente. Cualquiera cosa que entregaba a la industria vendía millones, y a tal velocidad que ya ni siquiera él se preguntaba por qué.

No había sido siempre así. Ahora era rico, y el tiempo, lógicamente, pasaba más rápido; los cuarenta años que había vivido en la favela, vistos desde la actualidad, parecían siglos, en tanto que una década de éxito le daba la impresión de haber comenzado ayer (un parpadeo, un sueño en tiempo real). Su vida era intensísima; todos los días tenía una fiesta, un cóctel, un agasajo, una entrevista, invitados, invitaciones, y así al infinito, con pasitos de hormiga, hora tras hora.

Lo primero que hacía cada mañana era tirarse a la pileta. Nadaba veinte largos, a veces veintiuno, y con eso ya sentía que había hecho lo mejor que un hombre de letras puede hacer por sí mismo. Después desayunaba, leía el diario y se ponía a escribir.

Tomaba un aforismo, o una máxima, o una anécdota, preferentemente de algún libro tibetano (o zen, o sufí, o pop) y, aplicándola a algún episodio de su propia vida, la desplegaba hasta convertirla en una historia, o en algo parecido a una historia, con personajes moralmente muy bien delineados —él era siempre el personaje principal— y un comienzo y un desarrollo que se empujaban uno a otro en una carrera de rutina hacia la moraleja del final. Y siempre, siempre, siempre funcionaba. Escribía una horita y volvía a la pileta.

Vivía con su mujer, Ingrid, una mexicana de origen alemán, en una casa modernista de Leblon. Ingrid era una combinación perfecta de inteligencia y largas piernas doradas y Saupol estaba loco por ella. Se habían conocido en un cóctel, cinco años atrás, cuando la fama de Saupol empeza-

ba a traspasar las fronteras del Brasil. Ahora Ingrid era su asesora de imagen y la que mejores ideas publicitarias le había dado desde entonces. De hecho, la idea de su biografía, en la que Saupol confesaba un pasado de *dealer* y de alcohólico, además de dos relaciones homosexuales, había sido de ella. (El escándalo reavivó las ventas.) Para escribirla habían contratado a un periodista de bajo presupuesto que se hacía llamar Tom. Su apellido era Cousiño, pero con Tom parecía alcanzarle (así firmaba: Tom). Tom era colaborador *free lance* en decenas de revistas de interés general, un hombre alto, corpulento y muy aplicado, de largas patillas negras que le abrazaban la cara; se reunió con Saupol durante varias semanas y grabó las charlas que luego transcribió (y creyó pulir) y nunca, ni una sola vez, llegó tarde a la cita, siempre en casa de Saupol, a las cinco en punto de la tarde, de lunes a viernes; a veces incluso los sábados: a Saupol le encantaba hablar de sí mismo, y a Tom beber Martinis y tirarse a la pileta con su personaje.

Los había presentado Ingrid. La primera impresión de Saupol fue positiva: Tom era simpático, amable y se ganaba la vida fabricando notas sobre asuntos tales como los beneficios cutáneos de la sinceridad. ¿Por qué negarle que escribiera sobre él? Tom, por su parte, lo despreciaba —ni siquiera lo consideraba un escritor—, pero lo disimuló siempre tan bien que enseguida se sintió cómodo y a gusto. “Después de todo —se dijo un día mientras salía del agua, estirando una mano hacia el Martini seco que le ofrecía Saupol— no es más que un hombre que hace su trabajo”.

Saupol lo trataba bien, le preguntaba qué le parecía, lo escuchaba, lo dejaba adjetivar. Tom no había visto nunca a nadie tan contento con lo que había logrado: Saupol se pavoneaba en su éxito como un dios, agitando sus plumas

sintéticas allá y aquí; daba incluso la sensación de estar dispuesto a cualquier cosa con tal de vivirlo todo de nuevo otra vez, y otra, y una vez más, como un Fausto obsesivo.

Físicamente parecía ocultar algo. De baja estatura, con la cabeza demasiado grande, desproporcionada en relación al cuerpo, y una coleta gris que sacudía como un maniático, no podía decirse de él que fuera un seductor; en ese sentido ni la fama lo ayudaba. ¿Cómo lo había conseguido? ¿Qué había hecho? Era un misterio. Porque tampoco podía decirse que tuviera talento. No tenía nada, y lo tenía todo. Tom lo miraba y cabeceaba desconcertado. ¿Cómo lo hacía? La obra de Saupol carecía de toda particularidad. No había nada en ella que la hiciera diferente de la obra de cientos de autores que, como él, habían jugado exactamente (textualmente) las mismas fichas. ¿Había estado en el lugar injusto, en el momento injusto, con el manuscrito justo? No. Sin duda, pensaba Tom, Saupol no era fruto del azar sino de un lector, de un único lector (un ser con labios y órganos internos) capaz de provocar una avalancha en la pendiente de la nada; en efecto, alguien debió leerlo alguna vez y luego decirle a otro, sin saber que acabaría diciéndoselo a millones de personas, que el vacío que tanto habían esperado estaba por fin allí. ¿Cómo era ese lector? ¿Quién era? ¿Y qué importaba? Quizá ni siquiera existía.

Tom había leído los cinco libros de Saupol en dos semanas, a partir de la firma del contrato (una maraña de cláusulas que hojeó a toda velocidad, como un experto, y que firmó enseguida, sin nada que discutir). La lectura le resultó agotadora, exasperante.

Un momento atrás Saupol estaba en la selva. Ahora hojeaba el diario en su cuarto de hotel. ¿Cuánto tiempo hacía

ya que había muerto, tres días? Ingrid debía de estar llorando a mares. Cómo le hubiera gustado a él, mientras zigzagueaba por la selva, llamarla y decirle que estaba vivo, aunque ignorase en qué lugar, para que ella no sufriera. Hubiera dado una mano por un teléfono; ahora que tenía un teléfono a mano, comprobó, antes de llamarla (¿quién, si no ella, aceptaría el truco, asociándose de inmediato a él, e incluso, luego de un instante de alivio, calibraría aceitadamente las ventajas y desventajas de su ocurrencia?), que en el diario no había una sola mención al accidente en el que había perdido la vida. Volvió a hojearlo, esta vez con más detenimiento. En la página treinta del cuerpo principal se demoró un momento para echarle un vistazo a un reportaje que le hacían a un colega y siguió adelante deprimido. Finalmente tiró el diario al suelo y encendió el televisor. Pasó los canales uno tras otro con el control remoto a toda velocidad: no podían estar diciendo nada sobre él en una película norteamericana, ni en un micro de cocina, ni en una película porno, ni en National Geographic, ni en Cartoon Network, ni en la repetición de una telenovela de los años 70. Mucho menos todavía en una misa evangélica. Se detuvo en la CNN. Unos minutos después sintonizó el noticiero de O Globo y llamó a Conserjería para pedir la cena. El hombre con la remera de Whitesnake le dijo que la cocina estaba cerrada. “Tengo hambre”, dijo Saupol. “¿Qué se puede comer?”. “Nada”, dijo el hombre. Discutieron. Unos minutos después el hombre golpeó la puerta de la habitación con la palma de la mano. Dos golpes huecos, desgastados. Saupol abrió, agarró el plato, se llevó el sándwich a la boca y lo sujetó entre los dientes mientras hurgaba con una mano en los bolsillos del pantalón. Le dio una propina. Cortó el pedazo de sándwich tironeando con los dientes hacia atrás y con la mano hacia

delante. Aspiró. Cerró la puerta. Y fue a sentarse de nuevo en la punta de la cama, frente al televisor.

No había pedido nada para tomar. Además de la bebida, se reprochó no haber encargado dos sándwiches, o tres, por más gomosos que estuvieran: después de comer el que le habían traído seguía igual de hambriento que antes; lo único que había comido en la selva era un puñado de huevos grises (no quería ni pensar de qué) y unos tubérculos que apenas masticados se convertían en pelotas de fibra. En la habitación había una heladera. Sacó una cerveza. Hacía años que no bebía. Era hora de llamar a Ingrid.

El corazón le latió con fuerza mientras esperaba oír su voz. Después de una decena de campanilleos, que del otro lado de la línea sonaron como un *ringtone* de Madonna, Ingrid atendió; era la una de la mañana. En su voz no había ni una pizca de angustia, ni la más mínima hebra de dolor; dijo hola y preguntó quién era después de completar una frase dirigida a otro, con el teléfono ya abierto. Había alguien con ella. Las dos o tres palabras con las que completó la frase antes de dirigirse *a él* estaban como bañadas por la luz de una sensualidad que Saupol conocía bien y cuya estela percibió con toda claridad cuando Ingrid pasó de un asunto a otro, de un hombre a otro. Cortó.

Repasó la escena. Había música de fondo. (Oyó incluso el ruido de una copa pesada –mucho vidrio, mucho whisky, mucho hielo– que se apoya en una mesa, sin duda la mesa ratona.) Volvió a discar. Esta vez, cuando Ingrid atendió –ahora no solo daba la impresión de sentirse fantástica sino también fastidiada por los llamados–, Saupol le dijo que era él.

–¿¡Quién!?

–Yo, mi amor, Mauro...

Ingrid cortó.

Saupol volvió a llamar.

El teléfono sonó hasta que se activó el contestador.

Saupol cortó.

¿Era verdad? ¿*Podía* ser verdad? Nada en el diario, nada en la televisión, nada en la voz de la mujer que amaba. ¿No lo había reconocido? No, evidentemente. De pronto era todo horrible, como si acabara de caer en un pozo playo y aun así no hubiera forma de salir. Estaba agotado. Quizá lo mejor fuera dormir un poco y al otro día ver; en la selva no había pegado un ojo. Tuvo miedo de las serpientes, de las arañas, de la imaginación, de los pumas. Un mono recién nacido lo había seguido durante toda una tarde, hasta que Saupol le acertó un pedrazo en la frente, a medio metro de distancia, después de animarlo a acercarse llamándolo como a un perrito. Que Ingrid no lo hubiera reconocido no quería decir nada, se dijo.

Lo único que consiguió cuando se metió en la cama fue angustiarse más: lo daban por muerto, y era como si ya no existiera.

---

## El escritor comido

Sergio Bizzio

Un famoso escritor de *best-sellers* “con moraleja” se oculta después de que su avioneta cae en algún lugar de Brasil y lo dan por muerto. Refugiado tras la barba de días y el aspecto demacrado, Mauro Saupol se dedica a averiguar qué ha dicho el mundo de su supuesta muerte. A partir de este disparador la novela despliega un abanico de narraciones en torno a la biografía del escritor, escrita y reescrita por los diferentes personajes, nunca de manera lineal ni definitiva. Saupol deberá enfrentarse a sus propias construcciones en torno a su vida y a la nimiedad de su obra, un saqueo de aforismos y refrito de otros autores. Su peripecia en la selva amazónica implica una metamorfosis que el lector seguirá seducido por una inquietante verosimilitud en la que late lo fantástico.

*El escritor comido* se permite sospechar si es posible dejar de ser uno mismo y empezar a ser otra persona. La novela dialoga, según señala el propio Bizzio, con Raymond Roussel en *Impresiones de África*, *El corazón de las tinieblas*, de Conrad, y *Muerte en Venecia*, de Thomas Mann, en un marco visual propio de *Apocalypse Now* (Francis Ford Coppola, 1979). Es un relato ágil, ingenioso y mutante, que acepta diversas interpretaciones y no se agota en una sola lectura.

ISBN: 978-9974-8351-6-0

